



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE ENERO DE 2022

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Los que se van y los que vienen...

EL AÑO DEL TIGRE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Nadie: Dios abrió las puertas del cielo, por encima de las nubes y no encontró a nadie formado, haciendo fila para el trabajo que había anunciado: convertirse en Año Nuevo. “Voy a tener que subir el salario que ofrezco”, se dijo. Regresó a su mansión y se dirigió a la oficina. Se sentó frente a la computadora para realizar otra publicación en redes sociales. Incrementó la compensación anual en cincuenta por ciento. Apretó el botón de “Enter” y el anuncio apareció en Facebook, Instagram, Twitter y, por supuesto, en LinkedIn. Pensó en crear un perfil falso: una mujer atractiva y publicarlo en Tinder, a ver a quién atraía. Realizó llamadas a Head Hunters en Nueva York, París y Londres, y a otros tantos en El Cairo, Moscú, Jerusalén y Tokio. Quien lo escuchaba por teléfono, lo notaba desesperado. “¿Con qué características necesita a su Año Nuevo?” “Alguien optimista, convencido de las diferencias entre el bien y el mal, que tenga el temple de los políticos para tranquilizar y aparentar que no está pasando nada, cuando en realidad se esté viniendo abajo el mundo. Pero no me traiga a un mentiroso compulsivo, un engañador perverso: Más bien necesito a una persona de bajo perfil, que casi nadie conozca y no tenga mucha cola que le pisen. “¿Para cuándo?”, “A la de ya. Debo encomendarle tareas antes de que inicie el año”. “Está muy complicado, señor Dios. ¿No podrá repetir el 2021 para el 2022?” “Ni me diga. Consiga a alguien”. Y Dios colgó el teléfono.

A las dos horas le llamaron desde un pueblo perdido en el Amazonas. Un hombre con acento ruso: “Encontramos a su empleado, señor Dios. ¿Puede recibirlo hoy mismo?” “Mándelo en avión”. Cuando el Creador abrió la puerta, se encontró con un miembro de la tribu de los Korubos. Venía semidesnudo, de cabello largo a media espalda, alto y musculoso como nadador olímpico, cargando sobre su espalda con una balsa. “Acompáñeme”, le dijo Dios, y lo guio a la sala B.3412 de su mansión. “¿Ha lidereado algo en esta vida?”, le preguntó el Señor cuando lo tuvo sentado en la comodidad de sus aposentos de algodón de azúcar. “A mi pueblo. Cada año los salvo de naufragios por tormentas e inundaciones de los ríos”. “¿Tiene esposa?”. “Varias”. “Las va a extrañar en este puesto. Es extremadamente demandante. ¿Le importa?”. “¡Claro!” “¿Y si le aseguro que al final del año, aunque bastante desgastado, será más atractivo para muchas otras?”. Curaray el Tigre se quedó pensando un largo rato. “¿Y qué sucederá con mis actuales mujeres y sus hijos?” “También a su pueblo guiará hacia el nuevo futuro de la humanidad”.



Curaray siguió pensando. Miraba el techo de estrellas y las paredes de mar. “De acuerdo”, dijo finalmente, desamarrando de su espalda la balsa y colocándola en el piso de madera. “¿Viene seca su embarcación?”, preguntó Dios. “Una gota de agua aquí podría convertirse en lluvia torrencial para la tierra”. El Korubo revisó su balsa y al final le dijo: “Seca como valle de la Antártica”.

“Mire, señor Curaray el Tigre”, comenzó diciendo el Creador, “hay un tema de salud pública en la tierra; no sé si ha escuchado de ello”. “La tribu cuenta con televisores, Señor Creador. Aunque a nosotros no nos ha afectado”. “Pues le va a parecer un poco extraño al hombre civilizado que vaya usted a ser el Año Nuevo. El punto es que tendrá que ingeniárselas para ir soltando sobre la tierra, una noticia que en principio no se ve muy buena. Hasta ahora, todo mundo mantiene la esperanza de que un día volverá la normalidad. Ya volvió la normalidad. La gente va a tener que vivir con este virus el resto de los días. Y los nuevos que vienen, porque seguirá mutando, multiplicándose: de pronto volviéndose más, y en otras ocasiones menos peligroso. Lo buenos es que ya hay lugares donde la gente anda por la calle como en su casa, sin precauciones. Sobre todo: donde la vida está devaluada. Súbase al metro de la Ciudad de México y lo comprobará. A esos no les va a tomar por sorpresa la noticia. El tema, sin embargo, será para los países desarrollados, que tienen un nivel de consciencia diferente, no les va a gustar. Esos andan por la vida persiguiendo el futuro y ven

en él nada más y nada menos que el progreso, la mejoría, y continuarán armando el rompecabezas de la ciencia que acabe con el virus. Aunque ellos probablemente sobrevaloran la vida, ahora tendrán que acostumbrarse a su propio estancamiento, a hacer de la sobrevivencia su prioridad.

Pasará el tiempo y al final erradicarán lo que tenga que erradicarse. El mensaje que, ya usted mismo encontrará la forma de enseñarlo, es: Comiencen a valorar la vida diferente, porque la muerte les andará por ahí rondando durante mucho tiempo. El momento de la fraternidad ha arribado. Eso quizás les traiga una nueva visión de la libertad y la igualdad; sobre lo que es importante en esta vida. Y al final, por favor, no deje de preguntarle a cada ser humano: ¿Cuánto pagaría porque las cosas volvieran a ser como eran antes? Que le suelten un número, una cifra. El próximo año hablaremos de los bienes públicos y del valor del arte, de la ciencia y de la creatividad...

EL QUE VA EN CAMINO
OLGA DE LEÓN G.

Iba caminando por la acera de una calle cualquiera, con la mirada perdida entre el cemento crudo y real de las banquetas. Ya parecía no importarle mucho si llegaría a tiempo, un poco adelantado o ligeramente retrasado. Sabía solo una cosa con toda claridad: “Llegaría, a donde quiera que sus pasos lo condujeran, habría de llegar”. Era lo único que tenía por seguro.

Algunos transeúntes de a pie o en auto, lo saludaban: unos más efusivos

que otros, algunos de plano le negaban el saludo y hasta la mirada, ni de reojo querían verlo ya. Era como si supieran que se había declarado en bancarrota.

Un pequeño lo ve y se le llenan sus ojos de tristeza, el corazón se le estrujó como trazo viejo demasiado desgastado y sus brazos y manos apenas si alcanzaron para señalarlo y con ellos extendidos, llamarlo: ¡Abuelo!, siempre te querré, regálame un abrazo... El anciano pareció cobrar vida, pero no acudió al llamado; tenía que llegar a donde fuera que iba...

Dios que siempre está al pendiente de todas sus criaturas, si bien no a todas las puede ayudar de la misma forma ni con la premura que ellas lo requieren, a pesar de ser el guardián del tiempo y de la salud como de la enfermedad de sus hijos, sean grandes o pequeños; más buenos que malos o incluso perversos pues Él siempre ve por todos, y ahora, como nunca antes, se sintió apesadumbrado:

El mundo no camina en el sentido que yo les enseñé, mi ejemplo no ha sido suficiente, pero tengo que dejar que cada uno asuma su parte, como yo asumí la mía por todos.

De pronto aquel hombre que parecía cansado en extremo y extraviado, se detuvo. Se sentó a la orilla de un arroyo que encontró en el camino por donde iba, elevó con gran esfuerzo la cabeza para mirar al cielo: “Señor -imploró en silencio-, ¿acaso no hemos castigado suficiente a los humanos, todo este tiempo en el que mi dominio quedó preso de la nueva peste del siglo XXI?”. Dejame retirar con cierto decoro, concédeme que quien viene detrás de mí no los invada con otras variedades de pestes y contagios.

El niño aquel que le extendió sus bracitos unos minutos antes, se acercó junto al viejo débil y cansado, y le dijo: “Abuelo, tu turno ha terminado: cierto es que te llevaste muchas vidas; pero, también dejaste que vivieran muchos”. Y una voz más, se sumó para decir: no ha sido del todo la culpa tuya, venerable anciano: cada uno tuvo parte de responsabilidad en su pasado, en su presente, y la tendrá en su futuro.

Los tiempos cambian, a veces para mejor; otras, para igual, o para empeorar. Yo no soy arcano ni sabio, apenas si comienzo a vislumbrar algo: unas lucecitas que me dicen que estoy llegando al principio de todo lo que tú ya terminas hoy, cuando las doce campanadas del reloj del mundo en cada nación, marquen el Final del viejo año, y el Principio de un Nuevo Año... Niño y abuelo desaparecieron. Este se fue al retiro de los tiempos pasados. El pequeño, a vestirse de gala para su entrada triunfal: ¡Feliz Año 2022!



Rosa Montero

(Madrid, 1951) Narradora y periodista española. De niña padeció tuberculosis, lo que la forzó a permanecer recluida en su casa hasta los nueve años. En su juventud se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras y participó activamente del ambiente teatral madrileño de comienzos de la década de 1960, hasta que descubrió su vocación periodística, actividad que no ha abandonado en los últimos treinta años y por la que recibió en 1980 el Premio Nacional de Periodismo.

Su primera novela fue Crónica del desamor (1979), un relato sobre la vida cotidiana escrito en un lenguaje fresco y desenfadado que tuvo una excelente acogida; a ésta le siguieron La función Delta (1981), una desolada reflexión sobre la ancianidad; Te trataré como a una reina (1983), parodia de la novela rosa; Amado amo (1988), sobre el mundo empresarial; Temblor (1990), para muchos el mejor de sus títulos, por el tratamiento que da a su protagonista, una joven que enfrenta en soledad los avatares de su destino; Bella y oscura (1993), La hija del canibal (1997) y, más recientemente, El corazón del tártaro (2001).

Reunió sus narraciones breves en dos colecciones: Historias de mujeres (1995) y Amantes y enemigos (1999), libro galardonado con el premio del Círculo de Críticos de Arte de Santiago de Chile. Escribió además obras destinadas al público infantil, como El nido de los sueños (1991) y Las barbaridades de Bárbara (1996), y publicó antologías de sus artículos del rotativo El País, labor periodística que todavía ejerce, como La vida desnuda (1994), Historias de mujeres (1995) y Estampas bostonianas y otros viajes (2002).

Sus últimas publicaciones son La loca de la casa (2003), obra que combina variados géneros, como la narración, el ensayo y la autobiografía; y la novela fantástica Historia del rey transparente (2005), un relato situado en los siglos XII y XIII que cuenta las peripecias de una joven que para poder sobrevivir se disfraza de guerrero.

Joana Bonet

La mala conversación

La madre de Sócrates fue comadrona, por lo que él supo desde niño que la vida se arranca de las entrañas con delicadeza y determinación. Y decidió hacer lo mismo con el conocimiento sirviéndose de la mayéutica, un método según el cual sus interlocutores indagaban en sí mismos hasta parir una idea, una metáfora todavía en uso, igual que decimos “¡menudo parto!” al culminar un trabajo arduo y laborioso.

“Para que nazcan las ideas se requiere una partera. Ese fue uno de los mayores descubrimientos jamás realizados”, señala Theodore Zeldin en su ya célebre y deliciosa Historia íntima de la humanidad (Plataforma Editorial), donde evoca al padre de la ética como un incansable interrogador que únicamente inventó la mitad de la conversación, ya que, sin respuestas, las preguntas no son más que apuntes para el diálogo. La conversación completa fue cosa de mujeres desde el Renacimiento, y en el XVIII, las salonnieres eclosionaron: abrían sus

casas para que hombres y mujeres inteligentes reaccionaran ante el efecto de la palabra cruzada, aunque según un misógino Voltaire eran “mujeres que en el ocaso de su belleza necesitaban hacer brillar el aura de su ingenio”. Los salones acabaron por ser aburridos porque la vanidad los pervirtió, pero hoy seguimos admirando aquella tradición de nuestros antepasados que se perdían en coloquios sin un fin concreto, un arte efímero cosido de percepciones, reflexiones, agudeza y humor.

España es un país donde se conversa poco y se discute mal, porque la perspectiva del otro incomoda y solivianta. Por ello, uno de los consejos más universales ha sido el de hacerse el tonto —máxime si una es rubia— a fin de no arriesgar alumbrando ideas para no levantar suspicacias ni envidias. Pasar inadvertidos, y hablar, como decía un escritor inglés, como el papel pintado. Así nos va: tras dos mil años de conversación continuamos silenciando lo que de verdad importa.



ad pédem literae

Un día despertarás y descubrirás que no tienes más tiempo para hacer lo que soñabas, el momento es ahora

Paulo Coelho

Letras de buen humor

Mucha gente sostiene que el matrimonio termina con el romance. Estoy de acuerdo, cada vez que tengo un romance mi mujer trata de acabar con él.

Groucho Marx